

RECENSIÓN BIBLIOGRÁFICA

JOSÉ MANUEL BERNAL LLORENTE, *Para vivir la celebración. Bases para una comprensión de la liturgia*. Estella (Navarra), Editorial Verbo Divino, 2010, 294 pp.

Con excelente criterio y con el buen gusto en los formatos de presentación a que nos tiene acostumbrados, la editora navarra presenta en este volumen una re-edición de un texto que el profesor Bernal sacó a la luz hace años en la dominicana Editorial San Esteban, de Salamanca.

Aunque mantiene prácticamente el grueso de aquel texto, el de ahora ha sido notablemente revisado tanto en su estructura y secuencia temática, como en la nueva maquetación y en la documentación aneja, lo que ha mejorado notoriamente totalidad de la obra.

Las novedades incorporadas son múltiples y se perciben de principio a fin. De ellas destacaría, por su acierto, las siguientes: la reducción del número de capítulos – de 15 a 13 –, con la supresión del antiguo 4, *Retorno a la fiesta*, y la refundición, en el actual n. 7, *Cristo resucitado, germen de la nueva creación*, de los precedentes 8-9, que abordaban la temática de la Pascua; la adición de nuevos apartados en los cc. 5-6, sobre algunos sujetos celebrantes especiales (comunidades monacales y ministros co-servidores de las asambleas eucarísticas); la incorporación de 41 recuadros-textos sintéticos o selectos de autores de renombre para resaltar el contenido de algunos capítulos o de ciertas ideas-eje especialmente articulares de la celebración cristiana; el extracto de algunos esquemas celebrativos, entresacados, sobre todo, de los nuevos rituales sacramentarios o referidos a circunstancias o momentos singulares de la celebración; la inclusión de planos-modelos de diversos espacios celebrativos (basílicas antiguas o iglesias modernas; 8 en total), que permiten comparar el distinto sentido de este importante elemento de la liturgia a lo largo de los siglos; la ampliación, en algunos casos, de las referencias bibliográficas a pie de página; o, en fin, el añadido de un selecto elenco bibliográfico final que, amén de las anotaciones más singularizadas de los distintos capítulos, amplían considerablemente los horizontes de esta monografía.

Con todo ese bagaje, la estructura del texto se articula según una secuencia temática de indudable valor, del que, en síntesis, destacaría dos importantes notas dominantes: la visión fenomenológica de la celebración, en su conjunto, y de cada uno de sus elementos axiales; y el acertado proceso pedagógico con que se adentra al lector – habría que decir, mejor, al celebrante – en la mística interna de ese gesto tan significativo de la fe eclesial. En un caso y otro, en la descripción panorámica y en la presentación acertada de los contenidos, el orden interno responde a un iter expositivo secuenciado por cinco grandes bloques que compendian la amplia visión presentada en la obra: qué es la celebración (cc. 1-3), quién celebra (cc. 4-6), qué se celebra (cc. 7-8), cómo se celebra (cc. 9-11) y cuándo y dónde se celebra (cc. 12-13), una doble cuestión que cierra esta especie de espectro fenoménico y que el autor, por cierto, enuncia en orden inverso (y cruzado) al avanzar el contenido de los dos capítulos integrantes del Vº bloque temático (cfr. p. 215) del texto.

Los méritos tanto de contenido como metodológicos hacen del conjunto un excelente manual para el uso académico y catequético sobre la materia. Y no porque

ofrezca, con la amplitud y profundidad propias de un estudio sistemático, un desarrollo exhaustivo de todos y cada unos de los elementos integrantes de la celebración litúrgica, estudio que, exceptuados los cc. 7-8 – el misterio pascual y su presencia misteriosa en la celebración cristiana –, el autor consciente y reiteradamente soslaya, y en el que tampoco entra en el cap. 10 cuando desglosa, con un tratamiento harto escueto y simplificado, aunque suficiente para su propósito más descriptivo, el argumento sacramental. No. La calidad de la obra y sus méritos acreditados le vienen de otros motivos, esto es, de una suma de aciertos que, tanto a nivel de los contenidos sintetizados como que de los recursos expositivos manejados recorren toda la obra. Concretamente: la secuencia temática citada, la claridad conceptual y el estilo fluido, la medida de juicio en las apreciaciones críticas, la ejemplar sensibilidad para la celebración de que el autor hace gala, o, en ocasiones, hasta la fina ironía con que desnuda las deficiencias de las celebraciones al uso, etc. Todo ello, de consuno, otorga al texto una frescura en la exposición y en su lectura que le hacen doblemente recomendable, lo mismo en el plano de la información y reflexión, serias y documentadas, que como una verdadera guía para la educación de los responsables de la celebración litúrgica.

Por todo, no cabe sino felicitar al autor por la excelencia de su trabajo y recomendarlo a los interesados en este campo de vida eclesial. Disfrutarán gratamente de su consulta. Pero dados su inspiración y estructura manualistas, la aproximación más bien, como digo, fenomenológica al hecho litúrgico o el toque magistral que destilan muchas de sus aportaciones, que nadie busque en él un vademecum o el recetario al uso tantas veces requeridos por los celebrantes y ministros que todo lo cifran en las pormenorizadas normativas de los directorios de turno. La obra apunta y trata de servir, creo, a otras miras mucho más importantes: a desvelar y poner al alcance de todos el secreto cifrado de la celebración de la fe y, supuesta esa sintonía, a educar en los creyentes, en la asamblea entera y en sus ministros-servidores, el auténtico espíritu celebrativo y las verdaderas actitudes - ecos de una fe realmente vivida -, que conducen a las comunidades a consentir su experiencia del misterio y su propia identidad eclesial en la recta comprensión y ejercicio de los signos más densos de esa fe. En esa coordenada y como una auténtica guía iniciadora entiendo que deberían leerse las páginas de la obra; porque el autor, más que como un experto o un esteta de la celebración – sus autorreferencias dispersas a lo largo del texto dejan sobrada constancia de ambas cosas -, da la impresión, en muchos momentos, de proponer su reflexión como la de un verdadero mistagogo.

D. Salado Martínez.